

## Usos de la inmanencia. Acerca de la crítica de Laclau a *Imperio*.

Germán Pérez\*

*“El viejo lema conservador de ‘cuidar las apariencias’ recibe en la actualidad un nuevo giro: ya no representa la ‘sabiduría’ según la cual mejor no perturbar demasiado las reglas de la etiqueta social, pues la consecuencia puede ser el caos. Hoy en día, el esfuerzo de ‘cuidar las apariencias’ apunta más bien a mantener el espacio propiamente político contra la embestida del cuerpo social posmoderno omnímodo, con su multitud de identidades particulares”*

*Slavoj Žižek, El espinoso sujeto*

Reencontramos en la crítica de Laclau a Hardt y Negri publicado en *Sociedad* una persistente disputa que ha recorrido los debates de la teoría política moderna: la cuestión de la autonomía de lo político. A uno y otro extremo del arco ideológico la problemática concierne al estatuto ontológico de lo político y, consecuentemente, a las modalidades de subjetivación propias de este campo. En la tradición marxista, de Lenin a Jameson, se ha insistido en denegar cualquier tipo de autonomía a lo político en la medida que tal operación se identifica como la configuración simbólica propia de una formación social, el capitalismo, mediante la cual se reifica el conflicto en un orden de representaciones formales y desancladas del conflicto real en el plano material, donde se verifica la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y el estado de las relaciones de producción. Desde esta perspectiva es tan indispensable la reflexión sobre una práctica revolucionaria marxista como innecesaria, e incluso indeseable, una teoría política marxista. La otra vertiente del asunto, la que va de Gramsci al propio Laclau, sostiene que lo que hace de las contradicciones y diferencias sociales un verdadero antagonismo es precisamente su politización, esto es, su emergencia en un régimen de discurso, un sistema de acciones y un dispositivo institucional específico al que denominamos política. En esta última concepción cualquier práctica política que apunte a subvertir el orden social debe estar enmarcada en una teoría política que la informe.

En *Imperio*, Hardt y Negri se inscriben en la primera de estas corrientes relativas al estatuto de lo político a partir de una oposición que estructura, tanto la descripción de la nueva formación social que se proponen caracterizar, como el análisis del proceso que condujo a su emergencia. Inmanencia y trascendencia son, respectivamente, los polos de una puja entre la trabajosa realización de la potencia de la “multitud”, por un lado, y las modalidades y procedimientos de captura que la “soberanía” ha ejercido sobre ella, por el otro. Es así que todo pensamiento orientado a una reflexión sobre lo político parece condenado a quedar él mismo capturado en las redes de la soberanía, obsesionado con el diseño de las mediaciones capaces de configurar un poder trascendente garante de la unidad del “cuerpo político”. El desarrollo de la teoría política de Hobbes a Hegel es interpretado como momentos sucesivos en “la cadena lógica de representación (que) podría resumirse del modo siguiente: el pueblo representa a la multitud, la nación representa al pueblo y el Estado representa a la nación. Cada eslabón es un intento de mantener en suspenso la crisis de la modernidad. En cada caso, la representación significa un paso más de abstracción y control”<sup>1</sup>. El silogismo postula la

---

\* Germán Pérez es Licenciado en Ciencia Política por la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de Buenos Aires. Jefe de Trabajos Prácticos de la materia Filosofía y Métodos de las Ciencias Sociales en la misma Facultad.

<sup>1</sup> Michael Hardt y Antonio Negri. *Imperio*. Editorial Paidós, Buenos Aires, 2002, página 125.

reducción de la multitud a su expresión trascendente, y consecuentemente alienada, en la figura dominante de la soberanía moderna: el estado-nación.

Desde el propio título de su intervención, Laclau señala al concepto de inmanencia como el foco de su crítica argumentando que, en la medida que éste último reintegra toda negatividad y antagonismo en la dinámica inmanente de realización de la multitud, “la política se torna impensable”. Sin embargo, creemos que la compleja relación entre secularización – entendida según Hardt y Negri como manifestación creciente de la potencia de la multitud– y política, admite algunos matices que pueden contribuir a enriquecer el debate. En un inspirador trabajo sobre las relaciones entre política, representación y verdad, Etienne Balibar<sup>2</sup> retoma el problema de cómo pensar el orden político y el lugar de la verdad en un mundo donde se ha superado el realismo de las esencias y el vínculo entre ambas dimensiones requiere un enfoque radicalmente nominalista. Hobbes y Spinoza son los nombres de las primeras manifestaciones filosóficas de una crítica radical a una ontología política que se sustenta en la trascendencia, la incansable operación de neutralización de la potencia de la multitud para Hardt y Negri, o en la sustancia, la amenaza constante de restauración de una “positividad de lo social” para Laclau. Ni escépticos ni convencionalistas, Hobbes y Spinoza enfrentan el nervio del problema: ¿cómo pensar el lugar de la verdad y la justicia en un mundo donde la inestabilidad y el desplazamiento del significado, librado a lo que Derrida llamaría su “iterabilidad”, corroe toda representación del orden social? La inmanencia es, antes que nada, una propiedad del lenguaje que desborda el orden realista de la representación y la referencia para abrirse a la posibilidad indefinida, y en este sentido inmanente, de la nominación y la metáfora.

Hobbes propone resolver el problema mediante una doble institución, simultánea e inescindible, del poder soberano y de la verdad inmanente al lenguaje, toda vez que la posibilidad de un entendimiento genuino requiere de un código que sólo puede garantizar la fuerza preformativa de la institución. Ahora bien, como nos ha enseñado Freud, la trasgresión precede a la ley. Toda la arquitectura del poder soberano se diseña sobre la amenaza, la negatividad constitutiva diría Laclau, del ab-uso del lenguaje que en la “conversación común” es constitutivo del uso ordinario del lenguaje; la “naturaleza ambivalente” del lenguaje humano se revela en la oscilación entre un régimen de identidad o fijación de las designaciones, el dominio de la razón y la ciencia, y un régimen de alteridad y diseminación del sentido consecuencia del imperio de las pasiones y los intereses. La multitud, entendida como multiplicidad y singularidad de los seres parlantes, queda en un mismo movimiento reconocida como sujeto de la palabra y reprimida en su representación soberana como cuerpo político: “Una multitud de hombres se convierten en una sola persona cuando está representada por un hombre o una persona, de tal modo que ésta puede actuar con el consentimiento de cada uno de los que integran esa multitud en particular. Es, en efecto, la unidad del representante, no la unidad de los representados lo que hace a la persona una, y es el representante quien sustenta la persona, pero una sola persona; y la unidad no puede comprenderse de otro modo en la multitud”<sup>3</sup>. Volveremos sobre el tema de la representación al final de este ensayo.

Spinoza, por su parte, si bien se opone igual que Hobbes a conferirle a la verdad el estatuto apolítico del dato o la revelación, va más allá en su crítica radical de la representación y el realismo. Para Hobbes, y éste es el núcleo de su concepto de verdad como institución, el régimen del discurso soberano, aunque siempre asediado por el trasfondo disolvente y sedicioso del ab-uso ordinario, permite la evaluación de la verdad como correspondencia en una analítica de

---

<sup>2</sup> Etienne Balibar. “La institución de la verdad: Hobbes y Spinoza”, en *Nombres y lugares de la verdad*, Editorial Nueva Visión, Buenos Aires, 1995.

<sup>3</sup> Thomas Hobbes. *Leviatán I*. Editorial Sarpe, Madrid, 1983, página 172.

las representaciones cuya referencia última es siempre la autoridad constituida. Para Spinoza, la verdad no se instituye por la fuerza preformativa de la autoridad sino que se constituye en el haz de relaciones causales singulares que los hablantes establecen entre sí y con el medio en el que interactúan. Se predica verdad de aquellas ideas que permiten una adecuada orientación y coordinación de la acción de las singularidades en función de acrecentar sus posibilidades de intervenir sobre el mundo, de incrementar su potencia. Siguiendo esta dirección hemos dado un paso más en el plano de la inmanencia: conocimiento y acción, afecto y reflexión se funden en una red proliferante sin converger en código alguno, ya que lo verdadero se presenta más como una propiedad transformadora en el plano político de la acción que como una correspondencia unívoca en el espacio de la representación. Concluye Balibar: “En el fondo, Spinoza quiere decir que la utilización de las palabras del lenguaje como nombres sigue cumpliendo, incluso en los que quieren construir un método científico, *una función narrativa* (asediada por la narración teológica), y no una función demostrativa”<sup>4</sup>.

Luego de este rodeo, a través del cual intentamos mostrar la relación estrecha entre inmanencia, política y representación en los albores de la reflexión política moderna, nos proponemos retomar el problema de la autonomía de lo político según lo planteamos en las primeras líneas. Creemos, con Laclau, que efectivamente es teóricamente posible, y políticamente necesario, pensar una dimensión propiamente política de las luchas donde toda división del cuerpo social se exprese como antagonismo poniendo en marcha la lógica de la representación. La multitud de nuestro tiempo, como el proletariado en el capitalismo decimonónico, no es un momento de una evolución ni un elemento de un sistema objetivo; es el nombre de una falla en el orden de las representaciones constituidas que connota y anuncia la emergencia del poder constituyente: la igualdad de los seres parlantes en su singularidad inalienable. Laclau acierta en reivindicar la función propiamente política de la representación contra su reducción realista a una mera forma de alineación de la multitud.

Como hemos visto siguiendo a Hobbes y Spinoza, en un mundo secular la representación no surge por oposición a un contenido externo a la dinámica inmanente del lenguaje, sino que es el modo de proliferación de ese mismo lenguaje en las formas distorsivas de la homonimia y el tropo, su fuerza figurativa precede a su valor referencial en la medida que lo constituye y lo hace posible; ya no se opone como la apariencia a la esencia o a la sustancia. Podríamos preguntarnos entonces: ¿cuál es el estatuto de la representación en un mundo donde el realismo de la esencia o de la sustancia ha desaparecido como modelo ontológico? Nos parece que Slavoj Žižek nos da una interesante respuesta: la representación funciona como la persistencia del dominio de la apariencia que se opone a una lógica de dominación sostenida en el paroxismo de la visibilidad y la transparencia. El simulacro, como modelo de duplicación de la real, opera la clausura del espacio representacional de la política donde se constituyen nuevos antagonismos capaces de impugnar y distorsionar la medida y el número de las partes de la comunidad que el dispositivo de los simulacros se ocupa de redoblar sin descanso mediante el renovado aliento positivista de las ciencias de la opinión. Se simula la presentación de la comunidad cerrada sobre sí misma en la estadística o la encuesta, la circulación transparente e infinita de las singularidades en el mercado o las redes de comunicación. Es el modo de legitimación que Žižek, siguiendo a Jacques Rancière, denomina “pospolítica”: no se trata ya del contrato que instituía en Uno la multitud que necesariamente lo precedía y amenazaba, sino del consenso positivo e ilimitado que, no reconociendo límite ni exterioridad por su carácter global, se aboca a la gestión, administración y prevención de las singularidades. Una feroz multiplicación de lo que Foucault llamaba el “poder pastoral” de individuación y control se registra en los pliegues del discurso de la tolerancia global,

---

<sup>4</sup> Etienne Balibar. “La institución de la verdad: Hobbes y Spinoza”, en *Nombres y lugares de la verdad*. Editorial Nueva Visión, Buenos Aires, 1995, página 33.

saturando y reprimiendo la manifestación de lo universal como instancia de conformación de una subjetividad política capaz de impugnar la lógica del simulacro. El panorama se completa con la idea de una sociedad transparente y de máxima circulación, donde la lógica metafórica de la representación ya no tiene lugar y, por lo tanto, cualquier conflicto refracta en anomalía en tanto se ha clausurado su espacio de manifestación como expresión de un colectivo que impugna la distribución constantemente reforzada de las identidades y las funciones.

El tono celebratorio con que Hardt y Negri saludan las consignas posmodernas de la “circulación ilimitada”, “el fin de lo exterior”, el advenimiento del “trabajo inmaterial” y la “sociedad transparente”, entre otras, como “síntomas” del tránsito al Imperio, revela la idea de la inmanencia como una evolución, no dialéctica sino proliferante, en lo real más que en la forma y el contenido de las luchas. Esta reaparición cruda del realismo lleva a los autores a convertir pronósticos sombríos, como la noción de biopolítica de Foucault, en expectativas de ampliación de la potencia de la multitud en la convicción de que, cuánto más omnímoda y sin resto resulta la dominación, se deduce, más inmediata se presenta la posibilidad de la resistencia. Como venimos tratando de mostrar, no se trata de abandonar la idea de inmanencia sino de especificar su pertinencia. Si la pensamos como propiedad del despliegue evolutivo de lo real, sea en sentido dialéctico o en cualquier otro, efectivamente se nos cierra el margen para una reflexión propiamente política y el análisis oscila entre una serie de enunciados declarativos que pretenden describir una formación ideológica como un estado de cosas, por un lado, y un conjunto de expresiones de deseo y pronósticos inciertos, por el otro. Ahora bien, si consideramos a la inmanencia como una característica del desarrollo de las luchas políticas en su forma y contenido, se abre la posibilidad de pensar lo inmanente como la emergencia de nuevas narrativas políticas capaces de intervenir de manera autónoma y libertaria en la trama compleja de acciones, discursos e instituciones que conforman la realidad de la dominación. No pensar a las luchas y los sujetos que en su curso se configuran y transforman bajo el modelo de la homología sino del antagonismo y la distorsión.

Finalmente, y siguiendo esta idea de pensar lo inmanente como un desarrollo narrativo de la subjetividad política, cabe un breve comentario sobre el propio Laclau. Si bien compartimos, como quedó dicho, que uno de los déficit de *Imperio* es la falta de una teoría de la subjetivación política, también pensamos que el tratamiento de la cuestión de la inmanencia no debe ser meramente descartado. Si se la piensa como una propiedad de la potencia configurativa de las luchas en su posición estratégica de resistencia al poder, a un tiempo totalizante e individualizante, de las disciplinas pospolíticas, la idea de inmanencia reenvía al despliegue de una historicidad donde esas luchas devienen más autónomas potenciando sus posibilidades de intervención y transformación. Precisamente esta dimensión de historicidad parece estar ausente en el curioso historicismo formalista de Laclau, que al momento de pensar la “articulación”, es decir, lo que venimos llamando subjetivación política, omite toda consideración de la historicidad de las luchas para concentrarse en una combinatoria (post)estructuralista que lo lleva a vincular al momento excepcional de la subjetivación con la locura o el misticismo. También de este lado del debate una noción a un tiempo pragmática y hermenéutica de inmanencia como la que intentamos introducir, ayudaría a analizar las luchas y los sujetos que en ellas emergen y se transforman desde una dimensión no sólo política sino también histórica.